

En recuerdo de José Isaacs de Diego Padró

«EL MINOTAURO SE DEVORA A SÍ MISMO» (Apuntes críticos)

SOCORRO GIRÓN

Esta novela trata de la «aniquilación del hombre por el hombre mismo». El Minotauro es la humanidad que se está aniquilando ella misma. Dice De Diego Padró en las páginas 58-59 de su novela:

Nuestra época se complace en la aniquilación del hombre por el hombre mismo. La humanidad entera es hoy semejanza de un monstruo, de una hiedra multicéfala y gigantesca que se destruye a sí mismo; es como el Minotauro de la leyenda que ya no se come a otros; que ya no gusta del manjar exquisito de los jóvenes atenienses que le eran enviados como tributo, sino que, consciente o inconscientemente, se va devorando poco a poco a sí mismo, encarnizadamente, sistemáticamente, fatalmente.

Insiste De Diego Padró en la explicación del título de su relato en la página 157 de la misma. Dice:

Los descendientes del hombre de las cavernas, del vencedor de las grandes bestias, son ahora los habitantes del reino de Satán, adoradores de las todopoderosas divinidades totémicas de Ciencia y Tecnología, propulsores de la razón de la sinrazón, Prometeos encadenados a la finitud y nulidad de ellos mismos, los muy ilustres sacerdotes de la prisa, de las velocidades supersónicas, y del estrépito global de la vida moderna, que han inventado la mecanización

y las armas nucleares para su propia aniquilación. ¡El monstruo del laberinto sigue devorándose a sí mismo!

Es ésta una novela autobiográfica. El fenómeno de su creación nos lo da el autor (que en la novela se llama Jerónimo Ruiz) en la primera página de la misma. Nos dice cómo esta novela «empieza ahora a desnacer, a desprenderse del caos tibio y burbujeante del pensamiento».

Dijo Stendhal que la novela debe ser como «un espejo a lo largo del camino de la vida». Así es la novela de De Diego Padró: un espejo de la vida cotidiana de Jerónimo Ruiz y lo que le rodea, «el hombre y su circunstancia».

Bien conocemos la frase de Ortega: «Yo soy yo y mi circunstancia.» El hombre no puede abstraerse de lo que le rodea. El hombre de hoy se deslumbra con su obra: descubrimientos atómicos, técnicos, nucleares. Nos hemos empeñado en viajar a la luna, a otros planetas, y no hemos podido dominar el tedio, el hastío vital que nos devora. De Diego Padró, como otros filósofos de su época, está preocupado con el revuelo nuclear de nuestros tiempos. Más que en «los cuatro jinetes del Apocalipsis» es pavoroso pensar en el exterminio de toda la humanidad por bombas nucleares.

Tan pronto nos explica Jerónimo Ruiz el fenómeno de su creación, nos presenta un personaje, *Abaco*, nombre que viene del latín «abacus», «que no habla». *Abaco* es hombre primitivo, puro, rudimentario, tal «como era en un principio», tal como usamos el ábaco en la escuela para empezar a contar. *Abaco* no habla, es «el hombre de los periódicos» que nunca dice nada y que sólo vive en su mundo de abstracción. *Abaco* es el personaje principal de la novela y que casi nunca aparece en ella. *Abaco* es la personificación de esta humanidad que sufre, el hombre que tiene que enfrentarse al monstruo de la prisa y la mecanización y cuyo único pecado es pensar.

Un día, Jerónimo Ruiz sale a la calle y se encuentra con que *Abaco* acaba de morir. Se acerca al grupo reunido en la calle alrededor del cadáver de *Abaco*. Se comenta sobre la causa de la muerte. Unos dicen que murió del corazón. Otros dicen que murió de hambre. Jerónimo Ruiz dice:

Este hombre ha muerto de pena, de dolor, de vergüenza. Ha muerto por causa de todos nosotros. Ha muerto acongojado y as-

queado de que este mundo donde le tocó nacer sea tan mezquino y tan puerco. De que toda esta nauseabunda realidad que lo circundaba no pudiese ser de otra manera, no fuese siquiera remotamente como el mundo hermoso, etéreo, abstracto que él se había forjado como el mundo que vivía en su imaginación...

Otro personaje de la novela, *Irene*, una retardada mental, infeliz mujer de físico monstruoso, es sacada a pasear en silla de ruedas por su madre, *Doña Monse*. En la calle, grupos de jóvenes y adultos irrespetuosos le lanzan piedras y cuchufletas. Irene muere al caer desplomada en la calle, sin que su madre pudiese hacer nada y sin ella misma haber podido decir nada sino expresar la desesperación con sus gestos. Jerónimo Ruiz comenta el incidente así:

Medrosamente, varias personas del vecindario, impasibles al principio ante aquel espectáculo de barbarie, muy propio de nuestra conturbada época de decadencia y descomposición de valores —esas mismas personas que suelen hacer creer a la juventud que ella es la que manda— se acercaron para levantar a la que había caído; pero ya estaba muerta.

Tanto Irene, la retardada mental que no puede pensar inteligentemente, como Abaco, el vendedor de periódicos que nunca habla porque sabe que no vale la pena hablar para no ser comprendido, fueron matados por nuestra época, una época y una sociedad que no perdona al que no vaya al compás de la prisa que ella lleva.

He contado en esta novela cincuenta y seis (56) personajes. Quizás haya más que no he advertido. Esos 56 personajes son la humanidad que rodea al autor. *Gamma*, su mujer, es «la costumbre», como llamó Unamuno a su mujer. A Doña Gamma la sabemos siempre presente o ausente muy temporariamente, pero la sabemos «la otra mitad». El amigo se llama Teófilo Asners Wessen, a quien don Jero llama *Asners* a secas. Ese nombre, *Asners*, sugiere «asno». *Asners* es uno de tantos de esta humanidad, un amigo bueno, pero que responde a la fuerza del instinto asnalmente. *Asner* tiene:

un «tic» convulsivo, un movimiento espasmódico, súbito y violento, que le obliga a levantar por intermitencias el rostro ni más ni menos como hace el caballo cuando le acomodian en el hocico la funda de avena o de maíz embebido en miel. Pero esta condición patológica no afecta, al parecer en nada, su mente.

Pero... hay que vivir con quienes nos rodean, llámense Asners o como se llamen.

El autor, la figura central de la novela, se nos da a querer. Le cogemos profundo afecto a don Jero, y a medida que leemos su libro, más lo queremos. A veces don Jero se nos desvanece, lo perdemos de vista a pesar de que vamos con él cogidos de la mano por el mundo de los sueños.

De Diego Padró sabe usar la técnica de monólogo interior («stream of consciousness») en la novela. Nos cuenta de sus sueños, de sus pensamientos, de sus reminiscencias. A veces pensamos que abusa de la técnica y cae en lo impertinente (lo que no pertenece). Así, tenemos pasajes sobre la pesca, gastronomía, carpintería, la retardación mental, Astorga. Por medio del uso de la retrospectiva nos cuenta de sus experiencias como recluta en la Primera Guerra Mundial, acantonado en Brooklyn. En su ensoñación nos cuenta de su Quimerolandia. La roca de su quimera, de su mundo abstracto, es como la roca desde la cual se lanzaba al río, cuando niño, desnudo, libre de las ataduras sociales, bien lejos de la jauría de la calle.

En sus divagaciones sobre la carpintería y la madera, De Diego Padró nos presenta instrumentos de carpintería personificados y personifica también al «árbol del sombrero de copa azul», ASCA, el árbol que ha dado la madera para que él trabaje con ella. En cuanto a los instrumentos, los personifica a todos; a algunos les da hasta nombre propio. El serrucho es un viejo gruñón; se llama *Dieston* (marca de buenos serruchos). La garlopa es una vieja chismosa y se llama Dorotea. El martillo es un gangster, la escuadra es una suegra majadera, exigente. Los alicates, pequeños y malcarados, monstruos en miniatura, son Picio y Tersites. El nivel de aire es «como esos fulanos que sirven para mucho y no sirven para nada». El formón es traicionero y busca sangre. Hay que tener cuidado con él. El gramil es un robot, es tal como Salvador Dalí. En cuanto a las barrenas... «esos animalejos», no son para tratarse como personas. Parecen gusanos.

Nótese cómo De Diego Padró no puede escaparse de su época. Bautiza al «árbol del sombrero de copa azul» con el nombre de ASCA, a manera de sigla.

El autor ha usado en grado máximo el sentido de la vista para observar todo lo que le rodea. Su capacidad auditiva no se queda atrás. Tampoco el olfato. Observador muy sagaz, da la voz de

alerta; estamos viviendo una confusión de valores que aterroriza.

Ya otros han señalado la riqueza del léxico de De Diego Padró. Repito que es extraordinaria. Usa neologismos, popularismos, galicismos, con acierto. Su caudal de conocimientos se deja ver tan pronto comenzamos la lectura de la novela. Pero no nos suena a pedantería. Al leer a De Diego Padró respiramos muy hondo porque vemos que estamos ante un escritor que sabe dar a las palabras su verdadero significado. Me sorprendió encontrar la palabra «menegildo» en la novela. *Menegilda* fue una criada (personaje con ese nombre) del teatro español de principios de este siglo. Fue el prototipo de la criada rompevajillas, de la provinciana en la capital. Es la vez primera que veo al citado vocablo usado como nombre común en masculino.

Como señaló Henry James, «truth is stranger than fiction». Hay un detalle increíble en esta novela. Al final de la misma, Jerónimo Ruiz se enferma. Por tal motivo, se reúnen en su casa su actual mujer y las tres que le precedieron como pareja de yugo. (Don Jero se ha casado cuatro veces.) ¿Puede darse algo más increíble que esto? (Me refiero a la reunión de esposa y ex esposas, no a los casorios.) Podrá haber sido cierto, pero la verdad es más difícil de creer que la mentira.

De Diego Padró observa la fauna de este gran parque zoológico de nuestro mundo. De la fauna observa a los hombres. Contempla con casi cariño a los demás animales que, como no piensan, ni bien ni mal, no han podido empeorar a la mal llamada civilización. Y, en el fondo, un gran cariño, un inmenso cariño a toda la humanidad que se devora ella misma sin darse cuenta.

Si se convocase a un certamen en que todos los países enviaran su novelista de inquietud universal, Puerto Rico estaría muy bien representado por José Isaac De Diego Padró.

BIBLIOGRAFÍA DE JOSÉ ISAAC DE DIEGO PADRÓ
(1899-1974)

1921. *La última lámpara de los dioses*.
Hortus Siccus, publicada conjuntamente con la anterior.
1925. *Sebastán Guenard*, Publicaciones de «La Correspondencia de Puerto Rico».
1940. *En Babia (El manuscrito de un braquicéfalo)*, Premio del Instituto de Literatura.
1952. *Ocho epístolas mostrencas* (poesía), Madrid, Ediciones Palma, Premio del Instituto de Literatura Puertorriqueña.
1959. *Escaparate iluminado* (autobiografía poética), Ediciones Rumbos, Barcelona.
1960. *El tiempo jugó conmigo* (novela), Ediciones Rumbos, Barcelona.
1965. *El minotauro se devora a sí mismo* (novela), Ediciones Juan Ponce de León, San Juan, P. R.
1969. *Un cencerro de dos badajos* (novela), Ediciones Juan Ponce de León, San Juan, P. R.
1973. *Luis Palés Matos y su trasfondo poético*, San Juan, Premio del Instituto de Literatura Puertorriqueña.
1973. *El hombrecito que veía en grande* (novela), San Juan, Puerto Rico, 1973.